

Estar

Luis García Trapiello

ESTÁN los árboles plantados en las orillas de los ríos. Están las piedras en el camino y los granos de arena están en los desiertos formando du nas. Eso es estar. Y sin embargo, la gente busca estar en algún sitio. Es lo vital o lo mineral. “¿Dónde has estado este puente?” es una pregunta inocente que esconde la respuesta relevante, pues da pie para que el interlocutor pueda poner todo su énfasis y llenar ese “dónde” con los lugares más emblemáticos de la cultura. Así, ha estado en Roma, en el Louvre, o en el Kursaal; en todos aquellos sitios que el canon ha determinado como objetos del conocimiento que una persona culta debe haberse apropiado en algún momento de su vida.

No es lo mismo estar en Roma que visitar Roma, como no es lo mismo haber estado en el Kursaal que haber escuchado la Sinfónica de Berlín en el Kursaal. Pero a la gran mayoría lo que le importa es estar. Por eso todo está lleno. No se contemplan extasiado los cuadros de un museo, ni se pasea por un claustro románico en silencio mirando las piedras de los capiteles y los guijarros del suelo. En algarabía perpetua, con el mismo alboroto con el que los chopos rugen con el vendaval, esa gente, mucha, muchísima, está en las galerías de El Prado, en el claustro de los Jerónimos de Granada o en una esquina de Santillana del Mar.

Se podían convencer de que para estar es mejor estar en una bodega trasegando vino, en la playa tomando el sol o en el bar de la esquina jugando a la brisca, mus o guiñote.